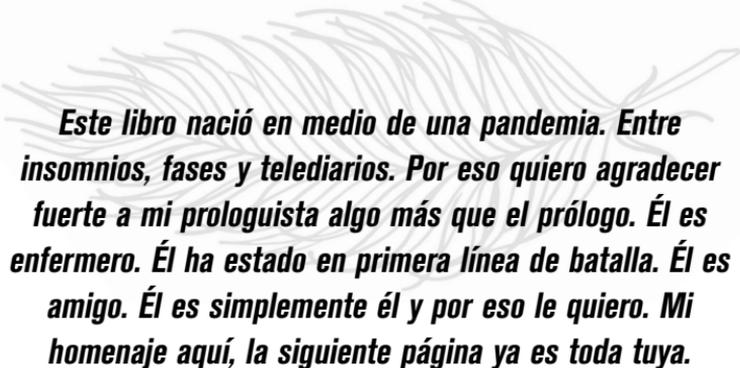


JUSTO EL DÍA DESPUÉS

Lae Sánchez



la esfera  de los libros



Este libro nació en medio de una pandemia. Entre insomnios, fases y telediarios. Por eso quiero agradecer fuerte a mi prologuista algo más que el prólogo. Él es enfermero. Él ha estado en primera línea de batalla. Él es amigo. Él es simplemente él y por eso le quiero. Mi homenaje aquí, la siguiente página ya es toda tuya.

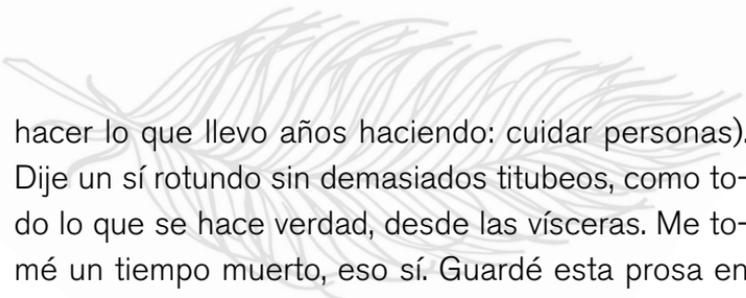
El país permanece separado, pero más unido que nunca. El silencio de las calles baila al ritmo de balcones creativos y sin salir de casa matamos dos pájaros de un tiro: el aburrimiento y el COVID-19. Pero hoy quiero dirigirme a ellos, a los que desde hace días cambian su bata blanca por una capa para titularse en la difícil materia de ser verdaderos héroes. Ellos que se atragantan por los pasillos de los hospitales con historias que nos hacen pelear cada día con más fuerza, los mismos que siguen sin descanso suministrando gasolina al mundo. Los que cuidan de los nuestros y son capaces de convertir la distancia de seguridad en un abrazo para seguir sumando. Hoy toda mi admiración es para los sanitarios. Porque estando a oscuras nos dais esa luz para que la llave encaje en la cerradura y porque aunque vosotros sintáis —cuando salís de trabajar— que os falta el aire... os prometemos que a nosotros nos lo estáis dando. Nuestro más sincero aplauso.

Nuestro más sincero GRACIAS.

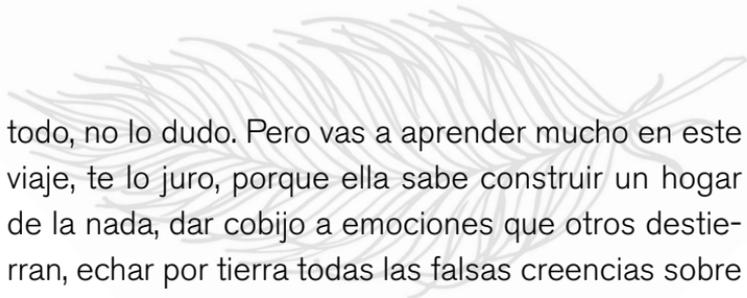
PRÓLOGO



Lo primero de todo, me gustaría aplaudirte. Sí, a ti que sostienes estas páginas entre tus manos. Quiero hacerlo porque eso significa que también eres un héroe o una heroína porque la situación que hemos vivido recientemente te ha calado tan profundo como para llevarte a comprar este libro (el hecho de que vas a amar a Lae cuando lo leas ya lo doy por sabido). No es la primera vez que tengo la suerte de ganar un boleto premiado para abrir un pedazo del corazón que sale por las yemas de los dedos de mi amiga (sí, tampoco te lo había contado, Lae es una de mis imprescindibles). Sin embargo, esta vez fue distinta. Cuando la propuesta llegó a mi WhatsApp sentí una mezcla entre orgullo por volver a experimentar el triunfo de aparecer al inicio de una joya y miedo de no saber —esta vez— estar a la altura de las circunstancias. La pandemia me ha dejado agotado física, mental y emocionalmente, como al resto de compañeros sanitarios. Tampoco te lo he contado, soy enfermero (vamos a ahorrarnos los aplausos por

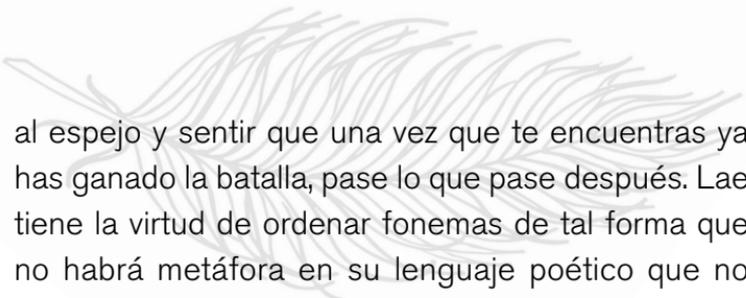


hacer lo que llevo años haciendo: cuidar personas). Dije un sí rotundo sin demasiados titubeos, como todo lo que se hace verdad, desde las vísceras. Me tomé un tiempo muerto, eso sí. Guardé esta prosa en la maleta de mi primer viaje, me dejé empapar por la lluvia que emana de cada verso de Lae y algo hizo “clic”. Entonces sentí que ya estaba preparado. Abrí una botella de albariño para homenajear uno de los lazos que me unen a mi amiga y bajo el orgasmo de un atardecer en el fin del mundo, escribí este nuevo comienzo para todos. **¿Quién nos lo iba a decir?** Tan jóvenes y participando en una pandemia (tan cruel y a la vez tan necesaria). Esto último lo digo por el cambio. Sí, porque otra de las cosas que aprendí de Lae es que a veces hay que frenar en seco, echar un vistazo de 360 grados a tu alrededor, analizar la situación, fortalecer nuestras defensas, modificar nuestros errores de fábrica, potenciar cada virtud que nos haga seguir siendo quienes siempre fuimos, quienes nunca nos atrevimos a ser. Era necesario tal vez que el mundo entero se paralizase para que aprendiésemos que la humanidad no es algo innato que acompaña a los documentos de identidad, sino algo que hay que poner en práctica en la interacción de los unos con los otros. Lae nos trae un libro diferente, puesto que ha nacido en mitad del encarcelamiento que ha sufrido su corazón. Y vas a verte reflajadx en



todo, no lo dudo. Pero vas a aprender mucho en este viaje, te lo juro, porque ella sabe construir un hogar de la nada, dar cobijo a emociones que otros destieran, echar por tierra todas las falsas creencias sobre el (des)amor y hacerte entender que si tú construyes tus propias leyes, no habrá juicio social que pueda declararte culpable de nada. Ya verás, vas a querer a Lae como se hace con tu cala favorita, vas a sonreír con sus líneas como se hace cuando recuerdas aquella isla que te abrazó, vas a sentir que estas letras son como tener siempre a mano el hombro de tu mejor amiga a pesar de la distancia, que no hay mayor cercanía que saber que alguien está aunque los kilómetros entorpezcan los abrazos. Ella va a enseñarte que no hay mejor amiga que tu madre, que no hay mejor maestro que tu padre ni mejor ejército para combatir la adversidad que los de siempre, sí, esos amigos que el tiempo no borra de la historia.

Quiero contarte un secreto. En mitad de mi propio confinamiento emocional, Lae me agarró la mano, me sacó del fango y tras una fiesta épica me condujo a volver a sentir que al menos, por unas horas, era viable volver a ilusionarse en una habitación de hotel que terminaba en 6. Mi amiga hará lo mismo contigo. Vas a terminar este libro sabiendo que eres el protagonista de tu propia historia, que solo tú tienes el don de ganar cualquier adversidad, que te basta mirarte

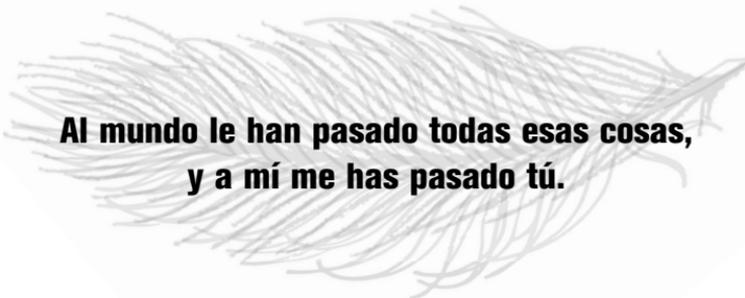


al espejo y sentir que una vez que te encuentras ya has ganado la batalla, pase lo que pase después. Lae tiene la virtud de ordenar fonemas de tal forma que no habrá metáfora en su lenguaje poético que no consiga arañar, despertar, hacer arder, sufrir, reflexionar y en definitiva, hacer sentir a todas y cada una de tus terminaciones nerviosas. Amiga, tienes la palabra magia en los bolsillos, un corazón tan grande que daría para cientos de pechos y una sonrisa que es como una descarga de 360 julios para quienes estamos al borde de la parada. Ojalá más como tú en el mundo. **Y a ti, solo decirte que vas a embarcarte en la aventura que va a cambiarte la vida.** El COVID nos ha enseñado que hay muchas cosas que modificar. Este libro va a hacerte aprender que sí, que aún nos queda individualmente mucho que cambiar. **Ahora, despierta a tus cinco sentidos, disfruta, experimenta, reflexiona y sobre todo... SIENTE.**

Sergio Chico (Cabo de Finisterre, julio 2020)



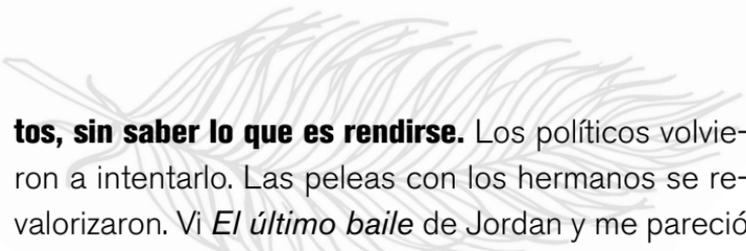
*Tomarte una caña con tus
amigos mientras el sol te
deja ciega, poner los pies
sobre la mesa cuando acabas
de dejar las cosas claras a ese
imbécil, que de ti ya no se
ría nadie, que si acaso te
abres una cerveza y te
empiezas a reír tú con la
vida para no olvidarte de que
hay que celebrarla siempre.*



**Al mundo le han pasado todas esas cosas,
y a mí me has pasado tú.**

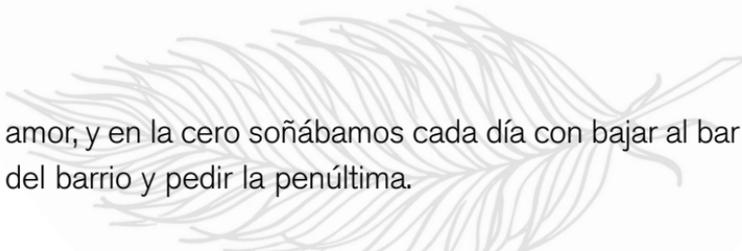
Murió Michael Robinson y con él se apagaron las luces de miles de estadios, el día después... claro, en el fondo no podía ser de otra forma. Leí un reportaje de los últimos días de Urquijo y mientras él decidía apagarse en la calle Espíritu Santo de Malasaña yo escuchaba *Aunque tú no lo sepas* en bucle, porque hay estrellas fugaces que hay que saber ver a tiempo. En abril de 2020 se registró el máximo histórico de tiempo de navegación en Internet, en España morían miles de personas y llorábamos en casa cada pérdida en el frente de batalla. La gente aprendió a echarse de menos y a valorar cada una de las letras de la palabra **LIBERTAD**. A las ocho de la tarde un hilo rojo unía cada balcón de todas las ciudades. Resistiré se hizo himno, los abuelos, eternos.

Los sanitarios de nuestro país nos dieron una de las lecciones más importantes que vamos a poder aprender nunca: **ojalá siempre seamos capaces de dar la vida por eso que más amamos, hasta acabar exhaus-**



tos, sin saber lo que es rendirse. Los políticos volvieron a intentarlo. Las peleas con los hermanos se revalorizaron. Vi *El último baile* de Jordan y me pareció una jodida maravilla. Hubo noches en las que me perdí entre los versos de Benedetti para ver si encontraba respuestas a que todo nos saliera mal. La suscripción a Netflix sabía mejor que ligar dos noches seguidas con el moreno guaperas del garito. Se me ocurrió la brillante idea de dejar de fumar en medio de una pandemia. Lloró Chavela conmigo, te lo juro, cuando asumí que no podía seguir esperando que me sacaras a bailar. Ella decía que nuestra única misión aquí a pesar de todos los caminos es venir a conocer el amor. Suscribo. Y yo a ti ya no te conocía.

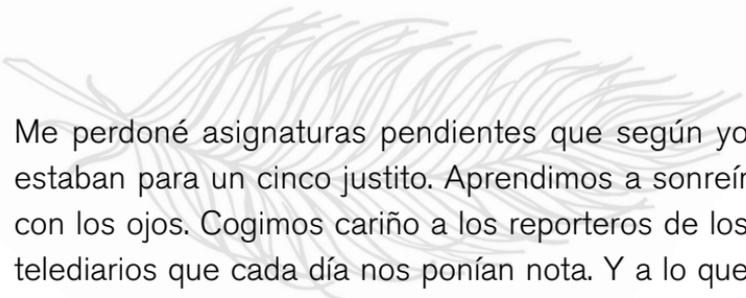
Pedro Sánchez solo pedía prórrogas y no se atrevía a ir a penaltis; siempre me pregunté si habría alguien de su equipo preparado para tirar el decisivo y dar a nuestro país una merecida alegría. Hubo momentos en los que abrazamos todos fuerte a Madrid porque eran días rojos, el palacio de hielo nos dejó el corazón temblando de frío. Todos aprendimos que el sonido de una video llamada es más suave que el de una llamada normal, y que el móvil a veces no te avisa de que te están video llamando y ya puedes pasarte horas buceando entre los botones de configuración que la siguiente tampoco va a sonarte. Asumimos que esto iba de fases, como el



amor, y en la cero soñábamos cada día con bajar al bar del barrio y pedir la penúltima.

Las clases particulares a los padres de WhatsApp para sobrevivir se multiplicaron, aunque ellos estaban más tranquilos que nunca porque se cumplía su regla de “hijo, si algún día te quedas en casa no te va a pasar nada”. La contaminación bajó un 58% y detrás de las famosas cuatro torres la sierra de Madrid se hacía un selfie histórico, y esa imagen de la naturaleza dando un golpe sobre la mesa se hizo viral. Nos quedamos en casa porque por primera vez sin hacer nada estábamos siendo capaces de hacerlo todo, y esto, aunque no había fútbol en la tele, sabíamos que era una tarea de equipo.

Nos abonamos a la palabra distancia de seguridad y empezamos a darle el sentido que merecían a los abrazos. El Ibex 35 caía y nos daba igual, nos importaba más saber cuál de nuestros artistas favoritos tocaba en live en Instagram la próxima noche. El papel higiénico podía formar parte de las reservas de la Fábrica Nacional de la Moneda y Timbre. La importancia de la cultura nos dio a todos un punto en la boca, a ver si los que se tienen que enterar se enteran de una vez por todas. Imaginé 20.000 formas de celebrar mis 30 años y os juro que ninguna de las cosas que pensé es que sería en medio del caos mundial.



Me perdoné asignaturas pendientes que según yo estaban para un cinco justito. Aprendimos a sonreír con los ojos. Cogimos cariño a los reporteros de los telediarios que cada día nos ponían nota. Y a lo que iba con este texto...

Finalmente borré su número de teléfono porque de tanto pasar las horas yo/conmigo aprendí a quererme de más y entendí que los te quiero para que sean todo lo bonitos que se merecen tienen que celebrarse como el gol en la final de tu equipo: abrazándose con el compañero de al lado con el que has decidido compartir una final.

A veces las finales se pierden. A veces los finales se adelantan. A veces perder es ganar. A veces que te adelanten no significa que vayas a quedar último. Leiva volvió a hacerlo con un tema al que llamó *La Estación Eterna*, el talento brillaba más que nunca detrás de las pantallas.

Y mientras al mundo le estaba pasando todo esto, a mí me pasabas tú.

Por encima.

Por delante.

De largo.



*Aprendimos que el amor
también se merece entrar en
fase O de vez en cuando.
Pero cuanto más lejos tenía
sus abrazos más quería
correr en dirección a su boca.
Me consolaba algo:
a Sabina también le robaron
el mes de abril y siguió
llenando estadios.*